

no carezcan de recreo, uno de los lados del jardín será un pórtico cubierto. Bajo el supuesto asentado de que en llegando á cierta edad pasen al hospicio, ya se comprende que el número de niños de la Cuna no deberá ser tan crecido como en la actualidad, y no necesitan de un gran terreno para su asilo, salvo en todo caso el aumento que pueda haber en ellos, á consecuencia del aumento probable de poblacion.

Las ideas que tengo manifestadas tratando de otros establecimientos, son respectivamente aplicables al que ahora nos ocupa, y repetirlas seria alargar inútilmente este escrito. Si el proyecto en general es aceptable, fácil será estudiar todos sus pormenores.

No me detendré tampoco en probar la necesidad de construir una prision general, por ser cosa resuelta hace muchos años, y aun se comenzó el edificio que, sin embargo, no ha salido todavia de sus cimientos. La obra debe, sin duda, proseguirse; mas como se encuentra tan atrasada, aun es tiempo de examinar si el lugar donde se principió es el más á propósito, y si los planos son susceptibles de alguna mejora. Mi opinion acerca del sistema, la tengo ya declarada: trabajo en comun y dormitorios separados. Ignoro si esta fué la base adoptada en aquélla, porque no conozco los planos. Junto á la Penitenciaría estaria bien un cuartel de inválidos, y sobre todo, un hospital militar. Aunque en el asunto sobre que V. S. me pide informe no se comprende este último estableci-

miento, no puedo ménos de hacer notar la necesidad de erigirlo, dependiente en todo de la administración militar, y con un departamento para los presos. La costumbre seguida hasta ahora de destinar en los hospitales civiles salas para militares y presos, está llena de inconvenientes. Exige una contabilidad especial y complicada, ocasiona frecuentes contestaciones, y aun disgustos, pide una vigilancia harto molesta para los enfermos y los dependientes de la casa; obliga á establecer en ella medidas de seguridad para evitar evasiones en que no piensa la mayoría de los enfermos, porque están allí por su voluntad, y crea, en fin, una administracion dentro de otra, para que ninguna de las dos marche bien.

Acaso, Sr. Prefecto, se verá V. S. inclinado á considerar como un delirio la propuesta de erigir de nuevo tantos edificios y tan costosos, abandonando muchos de los existentes. Pero he debido proponerlo así, atendiendo á que en el oficio de V. S. se me marcan dos caminos bien distintos. Se me previene primero que señale «las mejoras que son susceptibles de adoptarse,» y en seguida «las demás que deben verificarse en adelante.» Para cumplir con el primer precepto he indicado ya las reformas más urgentes en cada establecimiento, suponiendo que continúen en el local en que se hallan; mas no consideraria haber obsequiado, conforme á mi conciencia, la se-

gunda parte de la prevencion, si no manifestara lo que creo ser verdad, y propusiera lo que me parece necesario proponer. Al verificarlo he procedido siempre en el concepto de que el país va á recibir nueva vida, entrando en una era de paz y de orden, porque si lo que no es de esperarse, ni Dios permita, volviésemos á nuestro antiguo estado de inmoralidad y anarquia, no sólo seria imposible pensar en la construccion de nuevos establecimientos de beneficencia, sino que los existentes, y con ellos la sociedad entera, desaparecerian bien pronto en el espantable abismo de nuestras revoluciones. Esta idea que ha presidido á mi informe, explica tambien por qué he propuesto la construccion de un gran hospital en el campo, sin detenerme el inconveniente de la dificultad de administrarlo á tal distancia. El dia que ese edificio esté construido, es indudable que los alrededores de la capital gozarán de una seguridad completa, y las comunicaciones serán tan fáciles y frecuentes como pueden serlo hoy dentro de la ciudad. Faltando estas condiciones, será señal cierta de que el país marcha á su ruina, si no ha llegado ya á ella, y por consiguiente el edificio no se construirá.

Todos los obstáculos son vencibles, una vez vencido el primero, que es la falta de fondos. No será posible que á un gobierno digno de este nombre, y como hasta ahora no hemos conocido, le falten recursos para obras de tan imponderable importancia. Aun cuando sólo vea en los establecimientos de be-

neficencia unos acreedores legítimos á la hacienda pública, como lo son en efecto por las cuantiosas sumas que se les han tomado en diversas épocas, el pago de ese crédito es uno de los deberes del gobierno, y bastaria para hacer mucho de lo que se necesita. No olvidemos, además, que la mayor parte de lo que existe, y aun esa misma suma tomada por el gobierno, se debe á la caridad privada, que no ha muerto entre nosotros, ni morirá por más que se diga. En épocas de calamidades públicas, cuando el robo entronizado con disfraz de gobierno agotaba todos los recursos y acechaba los caudales del trabajo honrado, como presa legal para cebo de la rapiña y premio de la complicidad, nada tiene de extraño que la caridad pareciese estar muerta, sabiendo, como sabia, que su generoso desprendimiento no daría otro resultado que arrojar una nueva presa á la cínica turba de saqueadores. Pero nuestra nacion es católica, y lo será siempre con el favor divino, lo cual basta para asegurarnos de que las fortunas privadas prestarán al gobierno auxilios tan poderosos que, unidos á sus propios medios, le serán bastantes para ejecutar estas y mayores empresas. Espero, confiadamente, que jamás será preciso establecer entre nosotros la contribucion de pobres; dejemos ese cáncer á las naciones protestantes, que se glorian de marchar al frente de la civilizacion; como si pudiera haberla donde la caridad ha desaparecido, y es preciso fingir una sombra de ella, armándose de toda la autoridad de la ley, para arrebatar algunas migajas de la mesa del festin.

Sea de esto lo que fuere, la prudencia aconseja preparar por lo ménos el camino á un porvenir muy probable. Supuesto que los establecimientos de que se trata no han de erigirse sino á condicion de que el país se tranquilice y prospere, esa misma prosperidad ocasionará necesariamente, un aumento incalculable en el valor de la propiedad, sobre todo en la capital y en sus inmediaciones. Se deben, pues, elegir desde ahora los terrenos que convengan para los edificios en cuestion, y adquirirlos lo más pronto posible: lo contrario es exponerse á pagarlos diez veces más caros. En ningun caso seria desventajosa esta operacion. Porque aun cuando por cualquier motivo no llegaran á construirse los edificios, los terrenos crecerian en valor y podrian siempre venderse con ventaja, y si un exámen posterior señalaba como más conveniente otro punto, el provecho obtenido en la venta que se hiciera del terreno adquirido de antemano, compensaria el aumento de valor del nuevo. Tambien convendrá hacer y publicar desde ahora el programa necesario para la formacion de los planos, á fin de que los profesores de arquitectura tengan un plazo muy desahogado para estudiarlos con detenimiento. Adolecemos del defecto de dejar las cosas para la última hora, y entónces exigirlas con premura y escogerlas atropelladamente. Un error de esta clase seria fatal, y no hay precaucion excesiva para ponerse á cubierto de él.

Tal vez, Sr. Prefecto, me hace cerrar los ojos á las dificultades de esa empresa el deseo de verla realizada. Probablemente mi vida no alcanzará para que logre yo en la tierra esa viva satisfaccion; mas abrigo desde ahora el convencimiento más sólido y profundo de que llegará un dia en que se ejecutará, no sólo lo que he propuesto sino mucho más. Entónces los enfermos hallarán alivio á sus males, los convalecientes recobrarán su salud de una manera sólida y estable; los incurables no tendrán que sufrir, como recargo insoportable á sus dolores, el incesante apremio de la miseria; los desgraciados á quienes no ha tocado en patrimonio ni la escasa luz de la razon humana, hallarán en la caridad un suplemento al extravio de su inteligencia; la recobrarán si es posible, ó recibirán, á lo ménos, los socorros que reclama su deplorable estado; los niños, abandonados por la miseria y el crimen, tendrán tambien en la caridad una madre cariñosa que reemplace á la que la naturaleza les dió, y jamás han merecido; al paso que las madres á quienes nada ha sido bastante para decidir las á romper los lazos más dulces y más fuertes del corazon, tendrán quien vele por sus hijos, mientras ellas buscan con su trabajo el sustento; ciegos, ancianos, impedidos, jóvenes abandonados, recogidos en un hospicio, gozarán de todo el bienestar compatible con su situacion y ni aun el crimen quedará exceptuado del amparo inmenso de la caridad, porque para las mugeres extraviadas habrá un asilo, y los que por sus delitos sufran la pérdida de su liber-

tad, bendecirán acaso su infortunio, si por él aprenden el amor al trabajo, é ilumina sus inteligencias la luz de la verdad. Socorrer la miseria, desterrar el error, enderezar los caminos extraviados, salvar, en fin, los cuerpos y las almas de tantos infelices, es un objeto tan alto, tan grandioso, que ninguna dificultad debe arredrarnos en su prosecucion. El distintivo más glorioso de la civilizacion moderna, hija del cristianismo, y lo que constituye su indisputable superioridad sobre la antigua, es la caridad. Antes de concluir, permítame V. S. trasladar el paralelo que de una y otra traza un escritor moderno: tal vez el primer párrafo bastaria á mi intento; mas no he podido resistir al deseo de continuar trascribiendo pensamientos tan bellos como dignamente expresados.

«La ciudad moderna, la ciudad cristiana, dice, es, pues, bien pequeña, bien despreciable! Sus monumentos terminados con gran dificultad, sus casas sin adornos, la pobreza de sus edificios públicos, la estrechez de sus lugares de recreacion, deben humillarla mucho. Sin duda que si hemos de creer que en el bienestar material y en el recreo de los sentidos consiste la única felicidad de esta vida, mucho hemos decaído, y el género humano ha retrogradado de un modo extraño. Si la ciudad antigua cedia tanto terreno y emprendia tan grandes trabajos para procurar placer, era porque este constituia toda su ocupacion. Si, por el contrario, la ciudad cristiana es bajo ese aspecto humilde, sencilla, económica, pro-

viene de que el placer debe ser en ella á lo sumo uno de los accesorios de la vida; es porque el hombre y la ciudad tienen un objeto más importante, cuidados más nobles, deberes más urgentes á que atender. Verdad es que entre nosotros el placer no cuenta más que con un tablado de madera para distraer por un rato la vista y el oído; el poder sólo posee una casa sencilla que apenas se distingue de las demás; es como un padre de familia rodeado de sus hijos. Mas no olvidemos que los pobres tienen un palacio. No hay que buscar en Pompeya los restos del hospicio para los ancianos, ni las ruinas del hospital para los enfermos; ántes que Pompeya saliese de sus cenizas, sabemos ya que nada de esto podia haber allí. Nuestros palacios y nuestras basílicas* son el hospicio y el hospital. El mayor de los edificios de Pompeya es el anfiteatro, donde veinte mil personas tenían su lugar señalado perpétuamente para venir á ver derramar sangre humana. El mayor edificio de nuestras ciudades es el hospital, donde hay tambien lugares señalados, mas no para la diversion, sino para el dolor; no para el asesinato, sino para la curacion; allí el lecho del enfermo, sustituye al asiento acoginado del decurion.

Allí se fundan tambien lugares perpétuos, no para

* El autor usa aquí esta palabra en su sentido primitivo, segun el cual designaba un grande edificio que servia para los contratos de los mercaderes y al mismo tiempo para tribunal. Andando el tiempo se dió este nombre á las iglesias por haberse convertido en ellas muchos de aquellos edificios. Atendiendo á la etimología, *basílica* sólo quiere decir palacio ó casa real.

gozar de un espectáculo infame, sino para alivio de un hermano enfermo. Allí, finalmente, en vez del homicida Júpiter que pedia sacrificios de sangre humana, preside la imágen del Crucificado que derramó la suya por todos los hombres, que con su muerte triunfó de la muerte, y con su suplicio encadenó al que «fué homicida desde el principio.» También nosotros tenemos, como los antiguos, bienhechores de la ciudad, que han consagrado á la construcción de esos asilos santos el oro que los Holconios y los Cerrinios empleaban generosamente en levantar esos magníficos matadores de seres humanos. Pero los nuestros no han pedido un asiento en el senado ó una estátua en el foro, ni han exigido que su nombre se grabase en mármol; por toda recompensa han pedido algunas oraciones, y en vez del tributo de reconocimiento de una ciudad á su memoria, la oracion humilde de un pobre enfermo por el descanso de su alma.

«La causa de esto es que la vida cristiana se guia en todo por un pensamiento muy diverso, así como sobre todos los edificios de la ciudad moderna, casas de los habitantes, palacio de la autoridad, asilo de pobres, descuella siempre la casa de Dios. Al llegar á una ciudad antigua nada anunciaba su proximidad; ni los anfiteatros, ni las basílicas elevaban sus cúpulas al cielo; sólo ya muy de cerca se descubrían las murallas y las torres, signos de crueldad, de desconfianza y de guerra. La ciudad cristiana se anuncia

de léjos al viagero ostentado en señal de hospitalidad la cruz que corona su iglesia; no sabe todavía que hay ciudad, y ya está cierto de que hay un lugar de oracion, un lugar de caridad, de misericordia y de descanso. Los reducidos templos del paganismo no se abrian ni ensanchaban para recibir á los hombres; el pueblo quedaba afuera y el dios se escondia; no se elevaban al cielo para aproximarse á Dios: en el paganismo todos los pensamientos se apegaban á la tierra. No tenían esos templos ni la elevacion ni la amplitud de la catedral cristiana, ni la misteriosa armonia de su interior, ni la simbólica unidad de sus líneas, ni esa variedad infinita de adornos, dominada por una admirable simetria, como si los pensamientos del hombre en su diversidad inmensa se congregasen para ir á unirse en la unidad de Dios. En el templo cristiano brilla tanto la grandeza como la unidad. El centro, el santuario, en una palabra, DIOS, domina todo, atrae todo, y lo reúne todo.

«La vida pagana era la vida del placer: la vida cristiana la del dolor: aquella tenia por emblema una corona de rosas: ésta una corona de espinas. No sabemos combinar con tanto arte nuestros goces y nuestra ociosidad; no buscamos con tanta inteligencia y perseverancia ese estado normal de sensualismo, esa vida tan cómoda, libre y desembarazada, como voluptuosa y magnífica; no sabemos alejar tan completamente las penas y cuidados; no acertamos á alcanzar ese grado de bienestar y tranquilidad egoista

que no se ve perturbado ni por la idea de un deber, ni por un movimiento de compasion hacia el infortunio. Acaso quisiéramos todo eso; pero nunca podremos alcanzarlo. ¿Y por qué? Porque, en primer lugar, nos falta la esclavitud, y con eso se cambia enteramente nuestra condicion social; mil cuidados, mil obligaciones pesan sobre nosotros, y como todo sér humano es nuestro igual, no nos queda otro recurso que aceptar, de un modo ú otro, nuestra parte en sus miserias. Y además un sentimiento íntimo nos advierte que por más que hagamos, *no tenemos aquí habitacion durable*. Ni la ciudad con sus ambiciosas esperanzas; ni el teatro, albergue de alegrías mundanas; ni aun el hogar doméstico con las dulces afecciones que allí se abrigan, son bastante grandes para que nuestra alma se encierre dentro de su recinto.

«En esa imposibilidad de reducirlo todo á los goces egoistas y materiales, es precisamente donde reside la grandeza y la superioridad de los pueblos modernos. Aparte de esto, no somos en comparacion de los paganos más que unos pobres aprendices: nunca entenderemos la *buena vida* como ellos la entendian. En vano nos la proponemos como el único fin digno de nuestros esfuerzos; en vano para alcanzarla nos imponemos una actividad febril que en vez de ser el instrumento de nuestra felicidad es su veneno; siempre nos quedamos en cuanto á goces sensuales, muy inferiores á aquellos antiguos, á quienes la con-

ciencia no indicaba otro deber, ni la sociedad imponia otro precepto. Á pesar de nosotros mismos, nuestra grandeza, si la conservamos, será enteramente moral; nuestra hermosura será como la de la esposa, una hermosura *que viene de adentro*, que no encanta los ojos, sino que se revela al corazón. Jamás permitirá DIOS que descendamos del trono donde nos ha colocado su CRISTO.*»

Sí, jamás permitirá Dios que los pueblos iluminados con la luz de la Revelacion olvidemos nuestro origen, y apartando la vista de nuestro Criador la fijemos exclusivamente en la tierra, que sólo se nos dió para morada transitoria y lugar de merecimiento. Hoy se saluda la aurora de nuestra regeneracion social y política con un clamor unánime de deseo de mejoras materiales; no niego su importancia, ni desprecio lo que puede contribuir á estrechar las relaciones sociales. Aplaudo el celo de los hombres enérgicos que se consagran á allanar los obstáculos que separan á los pueblos; me causa satisfaccion el gusto delicado de los que embellecen nuestras ciudades, y sobre todo, estimo el beneficio general que producen los trabajos dirigidos á aumentar la salubridad de las poblaciones, porque en todo este ejercicio de nuestra inteligencia descubro la mano del que la formó. Ni censuro tampoco á los que buscan en tales empresas un lucro legítimo; pero guardémonos de materializár nuestros goces, y no retrocedamos á la

* DE CHAMPAGNY. *Les Usurs*, tom. 2^o, pág. 155, 2.^a éd.